

Un destello de lo real: la realidad *in vitro*

Guillermo Goicochea¹
(Dpto. Humanidades – UNS)

El siglo xx felizmente se ha despedido aceptando, finalmente, que todo intento de conocimiento, que se precie de tal, debe desechar la hipótesis ortodoxa y convencionalista que cree que sólo existe *una realidad*, dada objetivamente, y que, además, el mejor medio para aprehenderla era el pensamiento científico-técnico, que construyó y constituyó su orgullo en la certidumbre y dominio que creyó tener *sobre* esta “objetividad”. Desprejuiciados de esta doble falacia, resulta ahora que algunos de esos observadores de mirada científicista han caído, sin mucha resistencia teórica, en la violencia que engendran esos mismos “objetos”, resistiendo y escapándose ante la fría y mortal mirada objetiva: esta mirada técnica tiene el mismo peso óptico-existencial que la lanzada por el pobre de Orfeo sobre Eurídice, donde ese mismo mirar provoca la desaparición de lo captado en ese mirar, sin que llegue a ser visto, disfrutado, completado y asumido por la mirada. No sólo se pierde la mirada y el mirar, sino que también desaparece lo mirado en esa misma actividad; además, por esa exquisita per-versión que ofrece el sistema de los objetos, el observador puede convertirse en observado a la vez que observa.

El sujeto observador se ha vuelto demasiado frágil tratando de analizar y sintetizar a los objetos hipostasiados bajo esa mirada inquisidora y objetivante. Esto ha provocado que el objeto, por una especie de inherente reversibilidad, se fortalezca y se vengue de su observador dándosele como un mero reflejo en un espejo empañado, tratando de satisfacer la demanda del observador que sólo conseguirá un mero simulacro de realidad, sólo un destello, un brillo en una pantalla.

Pareciera que actuando por reflejo (tanto el condicionado, como el del espejo) el objeto prefiriera ocultarse detrás de alguna cortina, de un velo, de una pantalla, ya sea el puro espejismo de los *mass-media* o cualquier otro artificio de ocultamiento. Es más, es en este preciso punto donde el objeto mismo *se hace* “pantalla”, se convierte en un

¹ goico@criba.edu.ar

mecanismo de distracción que oculta lo que **realmente** está sucediendo, y hasta a él mismo: el objeto deviene pantalla de sí mismo.

Los espejos siempre han devuelto algún tipo de imagen, deformada o mediada, pero imagen al fin; la pantalla, por el contrario, *no devuelve nada*, lo esconde, lo absorbe: **es el lugar de la desaparición de la imagen del objeto**. Baudrillard nos dice al respecto: "...el objeto, desaparece en el horizonte de la ciencia. El evento, el sentido, desaparece en el horizonte de los media."²

¿No será, acaso, que los media llevan (siendo ellos mismos objetos) a "buen término" esta actividad o deseo de desaparición de los objetos? ¿No estarán los medios contribuyendo con la estrategia totalizadora de la desaparición, hasta la de ellos mismos?

Esta es la única ventaja que el objeto tiene sobre el sujeto: nunca hemos podido llevar adelante algún tipo de estrategia que atente contra nosotros mismos; no podemos pensarnos irreversibles, fuera de foco, sin eje, hipostasiados, excéntricos. Ahora bien, esta actividad que le hemos negado a la metafísica histórica occidental, se la hemos vertido a los *mass-media*, que han hecho de nosotros y del mundo el reino de lo invertido. Las pantallas han podido llevar a escena, gracias a nuestra colaboración, nuestras zonas más oscuras, nuestras cuevas más ocultas al lugar del puro espectáculo, a la publicidad, al público, a lo otro.

Este eclipse que se da en las pantallas, este corte con todo tipo de referencialidad de las personas, de los objetos y de los eventos ¿no será acaso la última ocasión y opción que aprovecharán los objetos para ejercer la seducción total y absoluta en esa estrategia de desaparición? ¡¿Y si no fuera así?!

Sería muy interesante detenernos a pensar, por un momento, qué tipo de objeto encontraríamos al final de ese proceso de objetivación a ultranza (que han perseguido siempre tanto la filosofía como la ciencia) como resultado de ese estado de "objetivación puro". ¡Qué maravillosa ironía, ¿no?! Ese objeto absoluto, ¿qué sería? ¿para qué lo querríamos? ¿en qué cambiaría nuestras vidas? ¿Será, acaso, que tenemos la oscura y neurótica intención de devenir sujetos absolutos?

El conocimiento humano, aunque no quiera aceptar sus propias limitaciones, se desplaza a estados de asepsia y extrema lucidez, certidumbre y evidencia pretendiendo realizar sus procesos cognitivos con la lentitud, la frialdad y la higiene que habitan en los quirófanos, yendo cada vez más allá de sí mismo, y de sus condiciones de posibilitar toda

² Baudrillard, J., *Las estrategias Fatales*, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 90.

experiencia. Esto se ve fácticamente cristalizado, y con toda su validez, en su propia perversión: **las pantallas de los *mass-media***. Las pantallas son sólo el exceso, el punto de exacerbación de este proceso, son el *factum* de esta forma de pensar, ni más ni menos.

La pantalla se vuelve así horizonte, como un lugar evanescente donde se tocan dos espacios, dos espejos en un punto tanto de encuentro como de separación. La pantalla reúne, como un horizonte, a lo real con lo virtual, para luego separarlos absolutamente, realizando una desaparición de la línea del paisaje que arrastra a las cosas con ella: así el mundo queda desvanecido en un doble movimiento de unión y separación de las cosas, que se hacen recuerdos retinales sobre el vidrio.

Este saludo de las cosas que deja el pensamiento vítreo tiene un dejo de despedida de las cosas reales, y esto se manifiesta en lo quebradizo de esta forma de pensar, que para nada es “transparente”, muy por el contrario, pensar desde el sílice o el vidrio puede resultar de lo más peligroso como tarea: el vidrio se empaña, deforma la imagen, la agranda, la curva, la disimula, pero también puede trans-parentarla. Lo que sí, segura e innegablemente se da como resultado de esta praxis, es “esta vitrificación sorda y polimorfa del pensamiento que en *cierto momento* elige su forma. Hay una vitrificación inmediata y llana del yo en el centro de todas las posibles formas, de todos los modos posibles del pensamiento.”³

La pantalla no es otra cosa más que ese deseo enfermizo de encontrar una totalidad y una puesta fuera de ese deseo de cualquier forma, aunque sea la rectangular. Pero adentro de las pantallas, los objetos y sus acontecimientos no son ya ni verdaderos ni falsos, aquí dentro, aquí detrás del gris espejo, las cosas se vengán hasta de sí mismas: **la ontología se vuelve gris**, hipócrita, fría, simulada, indiferente, vítrea, pero, como Circe, horrorosamente seductora. Habrá que animarse a pensar detrás de los espejos, dentro de la pantalla, con el riesgo que esto trae aparejado: el caminar por los bordes fríos, los vítreos, resbaladizos y quebradizos bordes del espejo.

En una visión con unos tonos un tanto apocalípticos, Baudrillard nos previene:

“La pantalla que tejen los media (la información) en torno a nosotros es una pantalla de incertidumbre total. Y de una incertidumbre *totalmente nueva*, puesto que ya no procede de una falta de información, sino que procede de la propia información, y del exceso de información. Contrariamente a la incertidumbre tradicional que siempre podía resolverse, ésta es, por tanto, irreparable, y jamás se disipará.”⁴

³ Artaud, A., *Páginas Escogidas*, Buenos Aires, Ed. Need, 1997, p. 20.

⁴ Baudrillard, J., *Op. Cit.*, p. 95.

Ante este diagnóstico nosotros preferimos confrontar a la absorción ejercida por los media mediante un intento de des-montaje de la perversa escena montada en la pantalla, y retorciendo ese sentido anulado para reconducirlo “fuera” de la pantalla. Si las masas y las multitudes están sobresaturadas y superinformadas inútilmente, con todos sus espacios en blanco rellenos y anulados, pues bien, hagámosle un vacío. Sólo ese vacío, sólo con los principios de la incertidumbre y la vacuidad podremos reconfigurar y resignificar sentidos que escapen a la torpe y mediada *ontología gris*. Esta es una manera de romper la vertiginosa circularidad entre el consumo de las masas de la información y el consumo que hace la información de las masas, ya que “cada uno de los dos fenómenos está hecho a la medida del otro: ni la masa tiene opinión, ni la información la informa: una y otra siguen alimentándose monstruosamente: la velocidad de rotación de la información aumenta el peso de las masas, y no en absoluto su toma de conciencia.”⁵

De aquí ese estado de “mareo y náusea” del pensar de la masa, que cree que todo puede devenir información, que todo pasa por las pantallas, que sólo existe lo que está ahí dentro.

La extrema velocidad no nos permite pensar más, ni decir *las cosas*, ni siquiera hablar *sobre las cosas*, sino solamente retraer la *relación* que existe *entre las cosas*. Esta desviada cinética ontológica nos lleva a alejarnos cada vez más nuestra mirada sobre las cosas: nos esconde el mundo, lo disimula, lo hace sólo un destello. De esta manera nos quedamos sólo con el mero residuo óptico-electrónico de una “...resolución de la imagen que se vuelve superior a la de la visión “ocular” del hombre, y esto *al punto de hacer más real la imagen que la cosa de la que no es, justamente, ¡más que su “imagen”!*⁶

El mundo queda así ex-puesto (y repuesto) a escala milimétrica y expresado en milisegundos ante nuestros ojos parpadeantes: sus puntos extremos se han unido en un aquí y ahora de la pantalla. Este punto cero ontológico ¿no nos obliga a replantear las “grandes preguntas rectoras de la filosofía”? “... ¿no habría que adivinar que esas nuevas tecnologías electromagnéticas, al dar más *profundidad* al “instante”, nos abisman y nos asesinan literalmente, y que el instante llamado *real* de la televisión es el de la súbita desaparición de nuestra *conciencia inmediata*...”⁷

El saber mediatizado de un evento se ha convertido en mera opinión, y además esta opinión se clonará tantas veces como le sea posible, perdiendo a cada paso su aurático

⁵ *Ibid.*, p. 96.

⁶ Virilio, P., *Un Paisaje de Acontecimientos*, México, Paidós, 1997, p. 110.

⁷ *Ibid.*, pp. 111-112.

origen, provocando una estampida de “saberes de opinión” que tan sólo llegan a ser la segunda degradación de lo que se debería *saber* sobre el evento. Con estas formas degradadas al alcance de la mano, los *mass-media* **pueden anticiparse a los eventos**, con lo cual, tenemos un evento que ya viene precedido de su degradación **antes** de haberse dado, y con esta anticipación ya es suficiente para los medios. Así la mera opinión le gana en sentido al evento, porque se le **adelanta**, dejándonos con su forma simulada, es decir solamente con su eco vacío: el evento en los *mass-media* se enfrenta a su propio vacío de existencia, a su inherente posibilidad de ser, ¡de ser nada!

Pareciera que las cosas han encontrado un punto de fuga que les permite escaparse de cualquier intento de darle una lógica de sentido, *hacia su propio éxtasis*, en su propio vacío. Este éxtasis es definido por Baudrillard como “...la cualidad propia de todo cuerpo que gira sobre sí mismo hasta la pérdida de sentido y que resplandece entonces en su forma pura y vacía.”⁸ Siguiendo este pensamiento podemos animarnos a pensar a los *mass-media* como el *éxtasis de lo real*, pero también a lo *virtual* como el *éxtasis de lo mass-mediático*.

Arribados a este punto, hemos realizado ya dos simulaciones extáticas donde los acontecimientos han perdido toda caracterización de realidad, lo que les permitirá su fácil encadenamiento en secuencias ininterrumpidas y vertiginosas, hasta su propia anulación en la gris pantalla.

Según Baudrillard, “Lo real no se borra a favor de lo imaginario, se borra a favor de lo más real que lo real: lo hiperreal. Más verdadero que lo verdadero: como la simulación.”⁹

Nosotros preferimos *extasiar*, a su vez, esta meditación. Preferimos pensar que en vez de hacia la **hiperrealidad** nos hemos desplazado hacia la **virtualidad**, que no es más que la lógica consecuencia de esa sobrevaloración de realidad en lo real, de objetividad en el objeto, haciéndolo, primero, hiperrealidad para luego, por exceso, pura virtualidad.

Lo virtual viene a instalar un nuevo problema, un desafío al pensar contemporáneo, desde esa hipersignificación que le es inherente, hasta su límite funcional interno, que le permite su continua desaparición. De este modo el sistema de finalidades se ha invertido, y más que eso, se ha per-vertido: no sólo desaparecen los efectos, también lo hacen sus causas. Aquí se agotan en su propia incompetencia e inutilidad el origen, la referencia, el centro, su periferia: ahora las cosas, en su virtualidad, viven unas sobre las

⁸Baudrillard, J., *Op. Cit.*, p. 8.

⁹Ibid., p. 9.

otras en un collage óptico, y en virtud de las otras, ¡en tanto desaparecen! Es decir, este proceso de virtualización requiere necesariamente del vacío que se va abriendo a medida que las cosas se aceleran por *hacer-se*, por *ex-sistir*. Es en esa misma ex-sistencia donde ellas mismas se arrojan a su propio vacío: no hay explosión, sólo una muda implosión que multiplica exponencialmente a las cosas en su virtualidad.

Este facetado de las cosas es fácilmente perceptible en cualquier pantalla a la que le prestemos atención, donde justamente, nos percatamos de la ausencia de esas mismas cosas. En este punto sólo

“...habría que referirse a una descorporización de la realidad, de esa especie de ruptura abocada, se diría, a reproducirse por sí misma entre las cosas y el sentimiento que ellas causan en nuestro espíritu, el lugar que ellas deben ocupar. Esta ordenación inmediata de las cosas en las células del espíritu, no tanto en su orden lógico como en su orden sentimental, afectivo.”¹⁰

Pareciera que le tememos tanto a esa “realidad” que está ahí, dándose a ella misma hasta su propia “objetividad” y quitándosela, como para intentar, por todos los medios (hasta con los *mass-media*), hacerla desaparecer. ¿Podremos, luego, vivir con la nulidad de “lo real”? Pareciera que para escapar de la tirana locura del sujeto, la sustancia, el alma, el mundo o dios, hemos barrido y amontonado todas estas cotizadas ideas fundantes y directrices del pensar occidental, en vez de debajo de alguna alfombra, detrás de las pantallas *mass-mediáticas*. A esta condición contemporánea, a éste estado de cosas actual, es a lo que Baudrillard llama **fatalidad**, y es ella precisamente la que nos reclama a pensar, sobre todo, en esa irónica búsqueda en vano de una “objetividad pura” que han buscado afanosamente nuestros pensadores. La ironía es que siempre el objeto superó la comprensión del sujeto, que por esto mismo recibió ese nombre al quedar sujetado, al él mismo primero, y luego al objeto: aunque a veces ni siquiera llegaba tan lejos, porque quedaba sujeto sólo a la re-presentación de ese objeto vengativo, nunca dentro de los pasillos del objeto mismo. La estrategia fatal del objeto ha superado en su complejidad al sujeto, porque “el objeto no es el doble ni la representación del sujeto, no es su fantasía ni su alucinación, no es su espejo ni su reflejo, sino que tiene su estrategia

¹⁰ Artaud, A., *Op. Cit.*, p. 27.

propia, es poseedor de una regla del juego impenetrable para el sujeto, no porque sea profundamente misteriosa, sino porque es infinitamente irónica.”¹¹

Acaso sea pura ironía, pero nos parece que la tan respetada y mimada ontología occidental hoy se venga de sus pensadores *ad hominem* y *ad honorem*, de sus partidarios más radicales y ortodoxos, en este espectáculo, que es el de su misma desaparición. Ante esta estrategia de la desaparición ontológica, aquellos han quedado huérfanos de sentido, pero sobre todo, de poder; sí, de poder, del poder que daba el explicarlo todo, porque supone el saberlo todo: ahora sólo queda la fluctuación de sus opiniones, sólo dieron un pronóstico, y en el mejor de los casos, un buen diagnóstico.

Puede ser que estos tiempos que corren (velozmente) inauguren irónicamente una **sabiduría extrema**, ¡que pueda preguntar hasta por su propia forma de desaparición! Ese preguntar ya no por lo que hay, sino por *lo que falta*, ¿no será, acaso, un pedido de principios para una forma de pensar *difer-ente*? Una forma de re-pensar lo que sea el ente en su realidad, en su hiperrealidad y en su virtualidad, pero sobre todo desde la *diferencia, desde su propia diferencia*; una forma de pensar que pueda asumir la ausencia, y no sólo la presencia, de su objeto para poder pensarlo. ¿No será ya, acaso, hora de tratar de pensar una auténtica *meta-física* desde occidente? ¿Será un *meta* más largo, tanto que nos lleve a pensar por vez primera la Nada?

¹¹ Baudrillard, J., *Op.Cit.*, pp. 195-196.

“Quizás esto sólo sea un intento de
... señalar que el orden rítmico y
la contingencia de las cosas variaron su
rumbo,
en la emisión realizada hay suficientes
datos
 punzantes
 crujientes
 chocantes
 desencajados
que *montados* en un orden nuevo
pueden probar el alcance del objetivo
buscado
mi función era brindar
elementos
y así lo hice
algunos son malos y
otros creo que muy buenos
espero que consigan un técnico
inteligente
que sepa lograr con esos elementos
los increíbles valores que les adjudiqué
 pueden creer en mis buenos
sentimientos.”

Antonin Artaud, *Carta sobre el juicio de Dios*
(al señor Fernand Pouey)

BIBLIOGRAFÍA

ARTAUD, Antonin, *Páginas Escogidas*, Buenos Aires, Ed. Need, 1997.

BAUDRILLARD, Jean, *Las estrategias Fatales*, Barcelona, Anagrama, 1997.

VIRILIO, Paul, *Un Paisaje de Acontecimientos*, México, Paidós, 1997.